

Una idea simple y directa de los problemas. (Cadaqués).

# ARQUITECTURA DE LA COSTA BRAVA

Por JUAN PERICOT

Siempre que el hombre se ha planteado el problema de sus cuatro paredes, lo ha resuelto con los materiales que tenía a mano, haciendo uso de su ingenio frente a los elementos y obedeciendo a un gusto natural por la belleza. Todo esto, matizado por otros accidentes, constituyen los elementos que dan forma a lo que llamamos arquitectura de cada país. Por esto, siempre que se cumpla esta ley natural, podremos hablar de un tipo constructivo popular correspondiente a toda tierra habitada y por ello, finalmente, podemos plantearnos el tema que nos ocupa.

Los hombres de nuestra comarca —costa del Ampurdán en su mayor parte y de la Selva en el resto— resolvieron sus necesidades siguiendo estos principios y a partir del siglo XVIII, que es cuando el litoral cobra mayor vida, levanta en calas abrigadas, en altos defendibles o en llanos apropiados, sus agrupaciones humanas que manifiestan, fruto de lo apuntado, la raíz latina de su raza y un carácter especial, consecuencia del temperamento, el pan, la sal, la luz y los vientos de esta bendita tierra.

En la época que suponemos inicial para este artículo, la arquitectura de la costa gerundense se halla ligada a la del interior, especialmente en el Ampurdán —más llano y poblado—, por lo que debe considerarse un solo conjunto, a pesar de las diferencias que pueden señalarse.

Si nuestro paisaje es un canto a la fantasía y el país incita a una idea simple y directa de los problemas que nos plantea la vida, es natural que el de resolver los muros que deben enmarcarla fuera concluido, entonces, con un juicioso instinto. No es que creamos escape la arquitectura de este viejo solar a las características que le han de ser propias por razones de clima e historia, pero sí que destaca de las vecinas por un sentido dispuesto a solucionar planos y masas con un tipo especial, ágil y duro; que es lástima desaparezca en manos de los antitradicionalistas y los despreocupados.

Toda la arquitectura que nos resta de estos tiempos es sencillísima y altamente humana. No hay problemas mentales y basta para vivir el encanto de las riberas, una casa con un programa mínimo. Los muros son de mampostería y las cubiertas son de tejas, como hace mil y dos mil años. Tierra adentro, la pared sólo formada, basta; cerca del mar debe preservarse de la sal y se encala. Los huecos se colocan donde el instinto da a entender; tienen dimensiones humanas y se guarnecen, a veces, con piedra. Sobre de ellas el año basta; pocas veces las inscripciones del interior y casi siempre, nada. El marinero es estricto como todo lo que le rodea y con esta auténtica funcionalidad llega en su arquitectura popular —arte abstracto por naturaleza— a soluciones deliciosamente graciosas, mientras en los mayores volúmenes —iglesias y santuarios— el resultado es de una definitiva belleza.

En el siglo XIX, en épocas y por causas distintas, las poblaciones importantes de la costa vieron multiplicar sus economías y, paralelamente, sus arquitecturas. En las poblaciones más a tramontana (Cadaqués especialmente) fue el cultivo de la vid y su comercio; hacia el Sur, y más tarde, el desarrollo de una industria especialísima: el corcho. Durante este largo período todo tuvo, además, el fondo comercial de una intensa navegación ultramarina. Esto produjo un bienestar que pronto se manifestó en amplios paredones de señorial encanto y que no alteran, en absoluto, las líneas del caserío donde quedaron embebidas.

Esta arquitectura, respetuosa con sus materiales y tocada por una sensible preocupación estética, acusa una influencia exterior manifiesta y aunque los paramentos resultantes pueden sospecharse emplazados en cualquier poblado del Mediterráneo, nuestras casas ampurdanesas ochocentistas tienen un punto de sal francesa, acusada claramente en las cerrajerías. Más hacia el Sur —en la Selva— osaríamos apuntar cede esta influencia para mezclarse con la del litoral barcelonés; no sabemos si por razones de geografía política (San Feliu fue el astillero importante más septentrional, con Lloret y Blanes, que construyó juntamente con la Maresma los veleros para la carrera de América), o por las causas que ya se acusaron cien años antes.

No queremos terminar esta pintura, a grandes brochazos, de las construcciones inmediatamente anteriores al nacimiento turístico de la «Costa Brava», sin evocar el elevado tono de estas viviendas, menestrales la mayoría, cuya calidad y delicadeza jamás se ha repetido. Dentro la frialdad académica de su distribución, amparaban una gran variedad de muebles y objetos que, procedentes de diferentes tierras y riberas, completaban su sensible encanto. En el grupo ampurdanés señalamos —aparte lo que llegaba del otro lado del mar— una corriente vecina que nos trajo formas concretas de la Provenza, e influyó, decisivamente, en la ebanistería local hasta provocar graciosas interpretaciones tardías del Directorio e Imperio, formas que más tarde se deformaron lamentablemente, a medida, casi, del afán de nuestros antepasados de sumergirse en el mar, aunque fuera completamente vestidos.

\* \* \*

Se inicia el siglo actual y desde entonces la «Costa Brava» lleva vivido, dilatadamente, medio siglo. Su expansión ha sido total y el tema de su arquitectura, en fase tan decisiva, aparece con perspectiva suficiente ante el crítico de arte para que pueda juzgarse serena y respetuosamente.



En su arquitectura popular, soluciones deliciosamente graciosas. (Calella de Palafrugell).

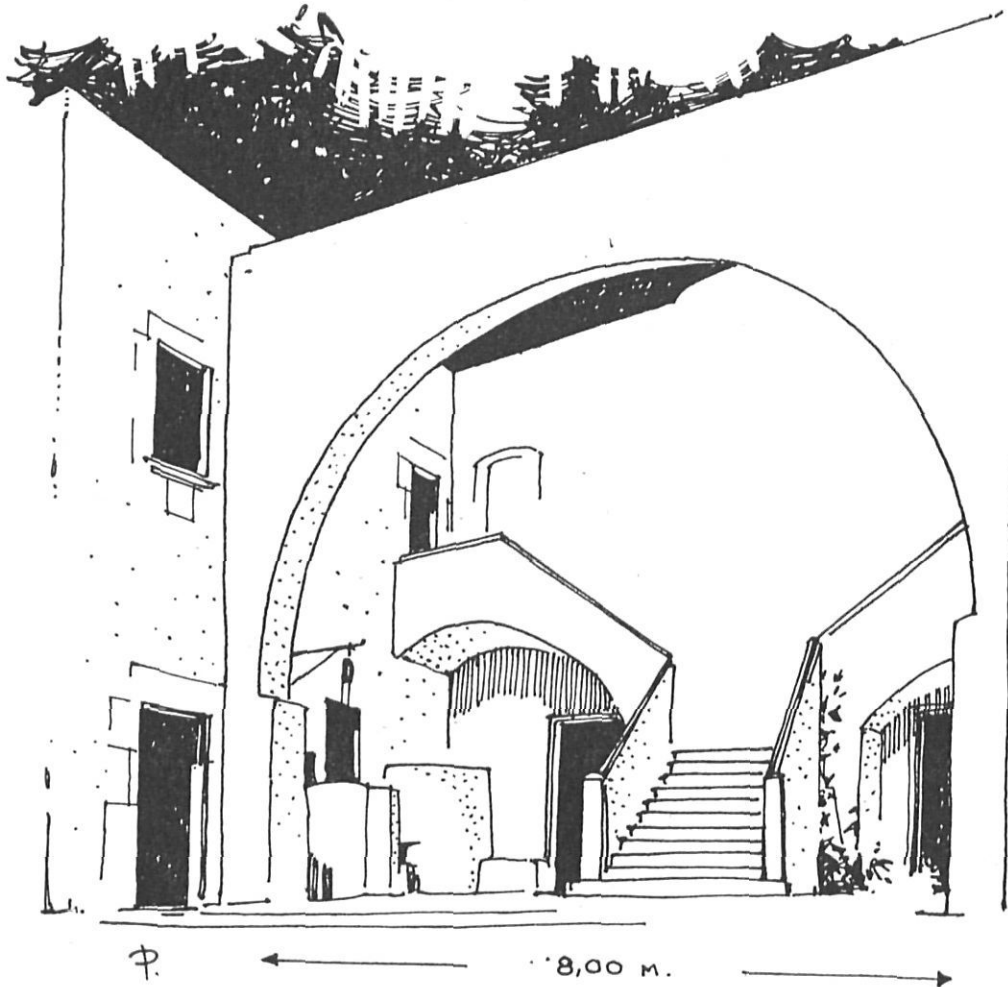
A este fin, los sesenta años que nos separan de los coches de caballos que llevaban a los recatados bañistas a las desiertas playas, creemos pueden agruparse en tres períodos; reflejo de tres generaciones con sus respectivas maneras de ser y, naturalmente, sus respectivos gustos. El primero de ellos concuerda, casi, con el cuarto de siglo inicial, si bien, matizando circunstancias, puede considerarse cerrado en 1929. El segundo comprende desde esta fecha hasta 1950 y el tercero —en pleno curso— desde 1950 en adelante.

Se inicia el primer período de este siglo y la «Costa Brava», con su flamante nombre turístico, es impulsada por el veraneante (oriundo de estas tierras o no) que acude a ella desde la gran ciudad. Anteriormente se habían iniciado ciertos núcleos en lugares que aun hoy nos parecen privilegiados. Eran la expansión de las poblaciones capaces y con un estamento medio dotado de un sólido sentido de la vida. Así, destacadamente, San Feliu se proyectó sobre sus playas de Levante, Palamos hacia la Fosca y Palafrugell amplió Calella y creó Llafranch.

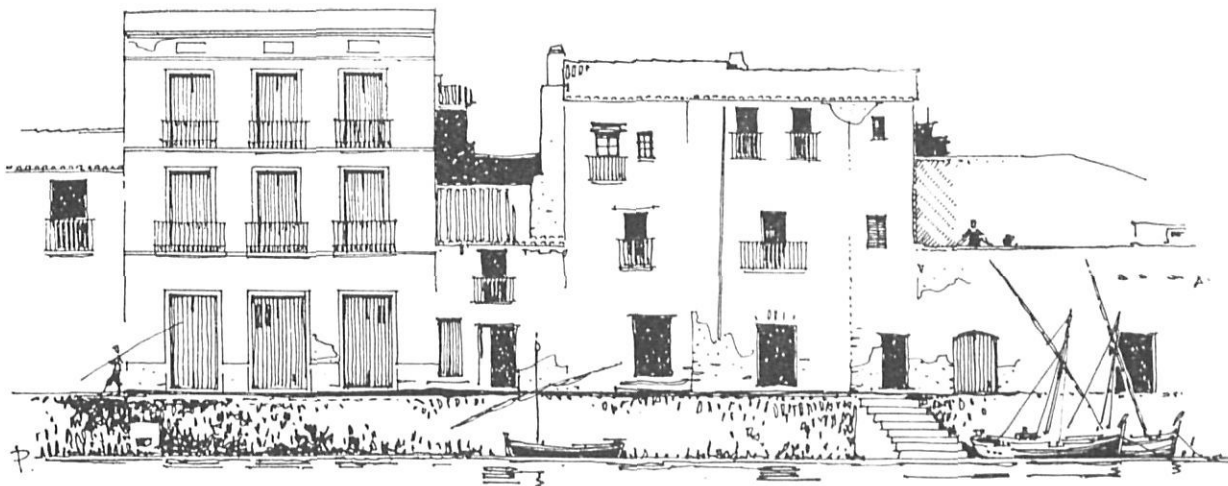
El veraneante que echó a andar definitivamente la arquitectura —lo anterior se resolvió en

familia— fue el poderoso económicamente y de patrón humano distinto. A esto, que iniciaba una alteración de base, se sumó la actuación, igualmente inicial, de los arquitectos profesionales. Para aquéllos y sus amplias familias, estos arquitectos (unos se habían sumergido en el modernismo; los otros suspiraban en el soñador romanticismo arqueológico) idearon las primeras arquitecturas desligadas del país que se levantaron en nuestros pueblos. Estas casas mantenían la vieja estructura interior y su juego plástico era puramente decorativo, como el de un fría lámina de catálogo. Persistió la verticalidad y el respeto a la simetría, pero se bordaron guirnaldas de cemento y alfarería y las cornisas de ladrillo sostuvieron cubiertas de apuntadas formas. Finalmente, si cabía, estos edificios se acompañaron con elementos de botánica completamente ajenos a nuestro solar.

Los años posteriores a la guerra europea son inciertos aún para la evolución de la «Costa Brava». Su inquietud apunta solamente al ámbito nacional y casi es sólo Barcelona la ciudad que acusa el mensaje. Sin embargo, durante los últimos años de este período destacan dos sucesos —sin importancia aparente entonces— que van a significar, con el tiempo, dos valores importantísimos en la vida de esta costa: la aparición de la primera urbanización con pleno sentido de responsabilidad y las primeras grandes fincas aisladas, que iniciaron una corriente extranjera que había de alcanzar proporciones imprevisibles. Así, mientras la época hace desaparecer el uso del viento en la navegación y ya jamás se verán velas latinas en los horizontes, lo que había de ser S'Agaró levanta las suyas sobre uno de los tantos bellos recortes de la costa. Este «milagro» (el país es anárquico y en el mejor de los casos tremendamente individualista) se inició con un enfoque urbanístico inteligente y generoso y si sus primeras arquitecturas se resentían de influjos anteriores —su autor



En los mayores volúmenes, el resultado es de una definitiva belleza. (San Sebastián de Palafrugell).



Los paramentos resultantes pueden sospecharse emplazados en cualquier poblado del Mediterráneo. (Cadaqués, 1923).

terminó sus estudios en diciembre de 1905— la gran sensibilidad y sentido plástico de este malogrado arquitecto gerundense, esquivaron los errores que toda iniciación puede entrañar.

Paralelamente, aparecieron sobre la costa comprendida entre Castell y Tamariu las primeras residencias destinadas a propietarios de otros países. Fueron obra de un decorador extranjero, poseedor de una finca de altos vuelos en aquel sector y aunque sus arquitecturas llevan planta española recriada en California ha de reconocerse que representaron un alivio dentro del caos de aquellos tiempos.

\* \* \*

Titubeante, pero con paso más decidido, al cual no parece ajeno el éxito que dentro del Certamen Internacional de Barcelona (año 1929) ha tenido el llamado «Pueblo Español», se inicia un nuevo período, que constituirá su época constructiva más equilibrada y homogénea. Así, pues, mientras en el exterior (Alemania en cabeza) se concretan las formas maquinistas con sinceras bases, a cuyo falso estilo consecuente el vulgo llamó «cubista», otros se recrean en las formas tradicionales de cada país. Esta corriente revaloró las arquitecturas populares mediterráneas y bajo este criterio se habilitaron casas marineras (se iniciaba la adquisición de casas de pescadores por elementos de la ciudad) y construyeron, por arquitectos autóctonos, bellas casas, desde Lloret a la frontera. A esta tendencia aporta un voto de calidad la nueva orientación que el autor de S'Agaró dio a sus construcciones, en las cuales, dejando influencias exteriores, parece solazarse —y con qué garbo!— en las gracias populares de estas tierras.

Todo ello queda al paio con motivo de nuestra guerra civil y, finalmente, mientras el mundo se debatía en una segunda hecatombe cuya postguerra había de mudarlo todo, en los años 1941 y 1942 esta costa toma el camino definitivo de su fama. Estos diez años (1940-1950) se caracterizan por una completa fidelidad al tipo tradicional de la arquitectura mediterránea, en general ayudada por la mano de obra (Gerona mantiene en este período una artesanía de elevado sentido), por las circunstancias político-sociales y por la madurez física de una generación de arquitectos y decoradores cuya meta fue siempre Italia. Así, desde la interpretación más o menos castiza de lo popular, pasando por el juicioso equilibrio de la fórmula ochocentista, la búsqueda peligrosa de formas coterráneas y la glosa de la gloria italiana recreada en Mallorca, van ampliándose villas y aldeas y se pueblan bosques y calas hasta entonces poco menos que desiertas.

En este período (no por su carácter y sí por su amplitud) se pone de manifiesto una de las taras de nuestra época: la banalidad de la mayoría, la cual, al construir gregariamente, torció las cosas hasta dar motivo a un pegajoso estilo de «campo y playa» severamente censurable. Lo que no

podrá negarse a este decenio es la creación de bellísimas fincas particulares que, sumadas a las ya existentes, tanto han elevado el tono de esta costa; ennobleciendo los cabos y las bahías gerundenses. Estos diez años han visto (no lo verán jamás) levantarse residencias de alto carácter, con decoración y mueblaje interior que revela un exquisito sentido de la vida y cuyas arquitecturas —clásicas todas ellas— se han rodeado de generosos jardines que, de no mutilarse, han de alcanzar prodigiosa belleza.

Paralelamente, S'Agaró, pieza ya única del turismo internacional, completa su señorial volumen, enderezando rumbos y elevando posibilidades, totalmente dentro los cánones de una arquitectura señorialmente latina, trazada y dirigida con la misma inteligente sensibilidad que abrió sus primeros senderos treinta y cinco años antes.

\* \* \*

Entre tanto el mundo ha sufrido la segunda guerra mundial y los que tomaron parte en el espectáculo, a su fin, aceleran la evolución normal de todas las cosas y hacen vivas, naturalmente, las ansias renovadoras latentes desde hacía muchos años en las distintas ramas del arte. A ello contribuye, en gran parte, el nuevo sentido de la vida que nuestra sociedad enfoca —salvando todas las distancias— bajo una especie de complejo de «año mil».

En la especialidad que nos ocupa, esta renovación —como todas— lleva aparejadas con la buena ley (simplicidad de volúmenes, sinceridad de materiales y estructuras, etc.) una gran cantidad de desviaciones vanas, que son las que crean el falso estilo y dan al movimiento artístico caracteres —en la perdurable arquitectura sobre todo— catastróficos. Sobre la «Costa Brava», en estos últimos años, se han vertido dos consecuencias de los acontecimientos apuntados. Una, la avalancha de turismo extranjero en cantidades masivas y, otra, la irrupción, a paso ligero, de una arquitectura incierta que, poco o nada, tiene que ver con nuestro clima y carácter. Hoy, salvando unas claras interpretaciones de buena ley, avaramente esparcidas desde Cadaqués a Tossa y a pesar de un reglamento que protege el carácter de las construcciones de la «Costa Brava», su caserío se va ampliando con casitas y grandes hoteles (se ha saltado la escala humana) construidos con los materiales estructurales de siempre, pero compuestos exteriormente a la moda derivada de las nuevas tendencias. En consecuencia tiende a desaparecer el tejado, los lienzos de pared son substituidos por cristal y se construyen porches con la inclinación inversa que crearon los países sin sol. Las revistas actuales, como las láminas de antaño, excitan el uso de materiales de ornamentación variadísimos, aleros inverosímiles y coloridos fuera de serie.

Lógicamente se va reflejando una época que ha borrado las fronteras de la arquitectura (nuestros arquitectos, al terminar sus estudios, ponen rumbo a Finlandia) y ha convertido en multitudinarios y universales (cine, T. V., publicaciones, etc.) unos conceptos y unos gustos que, hasta hoy, eran particulares de cada país por razones humanas y geográficas.

\* \* \*

Todo hace su camino y la «Costa Brava» se irá llenando de buenas y de malas arquitecturas, unas para hombres que buscarán, como los de hace dos mil años, solazarse con las maravillas de sus calas transparentes y, otras, para el lucro de la mayoría. Desaparecen, uno a uno, los pescadores que sabían de velas y de vientos, de guisos y canciones y la generación de arquitectos, propietarios y constructores que ha saboreado el muro blanco y el arco, la piedra y la tierra cocida, y se ha recreado dentro del sosiego del hueco con proporción humana, declina lentamente, mientras se va, creemos para siempre, el tema de este artículo, el cual no es más que el esbozo de un apasionante aspecto gerundense que deseamos sea amplia y cuidadosamente tratado por manos técnicas y capacitadas.

(DIBUJOS DEL AUTOR)